

Santa Teresa de Jesús

CASTILLO INTERIOR

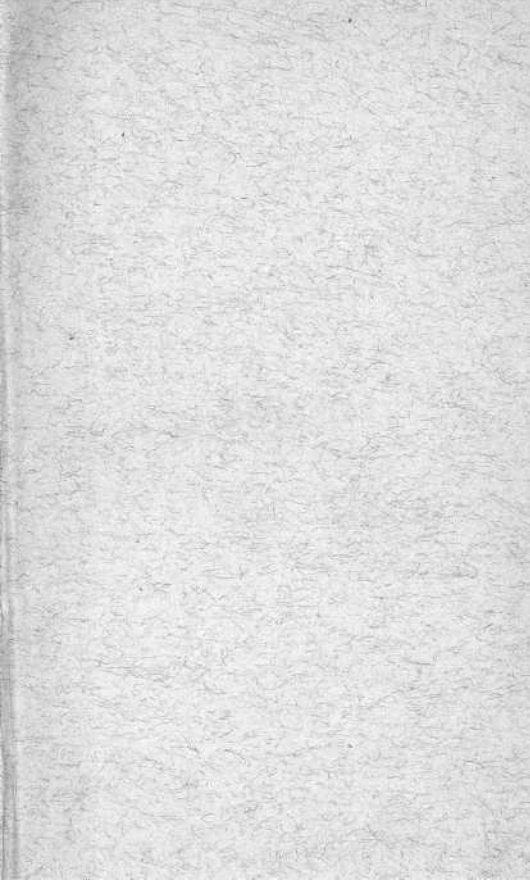
O

LAS MORADAS

SÁENZ JUBERA HERMANOS
EDITORES

7/6.







JOYAS DE LA MISTICA ESPAÑOLA



CASTILLO INTERIOR

ó

LAS MORADAS

POR

SANTA TERESA DE JESÚS



MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL

Cruzada 4, bajo dcha.

LA ESPAÑA EDITORIAL

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

PESETAS

ARTE

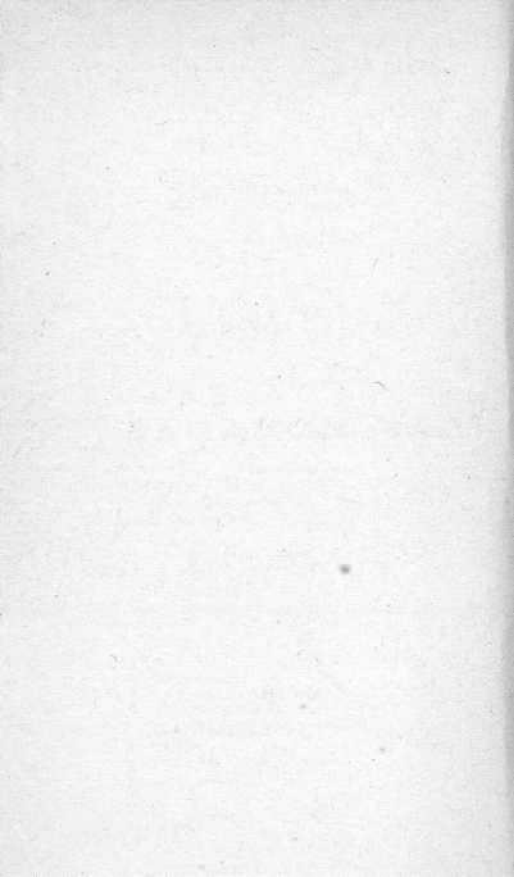
Rúst. Tela.

	Rúst.	Tela.
ARTEAGA (E.)— La belleza ideal.	3	4
BALART (Federico).— El prosaismo en el arte.	3	4
BAYET (C.)— Historia del arte. Con 113 grabados.....	4	5
CHAMPEAUX (A.)— El mobiliario. Dos tomos con 182 grabos.	8	10
CHESNEAU (E.)— La pintura inglesa. Con 110 grabados.....	4	5
DUVAL (M.)— Anatomía artística. Con 81 grabados.....	4	5
JIMENO DE LERMA (Ildefonso).— El canto litúrgico y el órgano	5	6
LAVOIX (H.)— Historia de la música. Con 139 grabados...	4	5
LEFEBURE (E.)— El bordado y los encajes. Con 148 grabos...	4	5
LEFORT (P.)— Historia de la pintura española. Con 113 grabados.....	4	5
LESSING (G. E.)— La poesía y las artes plásticas.	2	2'50
MÉLIDA (J. R.)— Historia del arte griego. Con 100 grabos..	4	5
— Historia del arte egipcio. Con 62 grabados.....	4	5
MUNTZ (E.)— La tapicería. Con 92 grabados.....	4	5
PARIS (P.)— La escultura antigua. Con 184 grabados.....	4	5
PILO (M.)— Estética integral.	3	4
— La música.	2	2'50
SCHLEGEL (A. G.)— Teoría é historia de las Bellas Artes	2	2'50
Velázquez (Su vida y sus obras). Con un auto-retrato y 26 reproducciones de sus cuadros.....	0'60	

CASTILLO INTERIOR

ó

LAS MORADAS



JÓYAS DE LA MÍSTICA ESPAÑOLA



CASTILLO INTERIOR

ó

LAS MORADAS

POR

SANTA TERESA DE JESÚS



MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL

Cruzada 4, bajo dcha.

Es propiedad de los Editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID.—Imp. de Felipe Marqués,
Madera 11, bajo.



PRÓLOGO

Uno de los motivos que obligaron á Santa Teresa de Jesús á escribir el libro de *Las Moradas*, fué el que así sus monjas entenderían mejor, en su lenguaje, de las cosas de oración, que de otra manera más elevada tratadas no era propio de mujeres. Y le parecía desatino á la Santa pensar que lo que escribiere pudiera hacer

al caso á otras personas, considerando harta merced de Nuestro Señor si alguna de ellas se aprovechara para alabarle algún poquito más.

¡Qué humildad la de los Santos!

¿Parecerá desatino pensar hoy que pudiera aprovechar á otras personas (entendimientos débiles como de mujer para las austeridades de la oración), hablarles en su lenguaje, pobre y terrenal, como el de quien esto escribe, de las celestiales preciosidades encerradas en *Las Moradas*?...

¡Ah! Y no se nos vede tampoco penetrar en esas moradas

de las comunicaciones divinas, á nosotros pecadores, en nombre de la humildad.

«Hace mucho daño no entender bien esto de la humildad», dice la Santa.

No nos enterremos en nuestra miseria. • El entendimiento se hace más noble y más aparejado para todo bien tratando á vueltas de sí con Dios».

Ni se nos culpe de inmodestia porque, siendo tan menguados en lo espiritual, tratemos de cosas tan altas, pues «así como los pájaros que enseñan á hablar» y no saben más que lo que les muestran ú oyen, así somos, y de este modo glosa-

remos el libro de *Las Moradas*.

Y podemos añadir, con mayor motivo que la doctora mística, que «cuando algo se atinare á decir, entenderán no es mío; pues no hay causa para ello, si no fuera tener tan poco entendimiento como yo, y habilidad para cosas semejantes, si el Señor por su misericordia no la da».

J. D. B.



I

Moradas primeras: *Entrar dentro de sí.*
— *El alma ennegrecida.* — *Tierra en los*
ojos.

«Así á bulto, porque lo hemos oído (y porque nos lo dice la fe), sabemos que tenemos alma».

¡El alma! ¡Hermoso castillo interior de diamante riquísimo, perla oriental, árbol de vida, plantado en las mismas aguas vivas de la vida que es Dios!
¿Cómo no nos paramos más

veces á considerar lo que vale el alma?

«Todo se nos va en la grosería del engaste» de esa preciosa perla; todo el tiempo se nos pasa en la cerca de ese hermoso castillo, que son estos cuerpos.

¡Entrar dentro de sí!... parecerá que decimos algún disparate.

.
Hay almas tullidas, por la costumbre, que, como los cuerpos, no pueden mandar á sus piés y sus manos. Estas almas quedarán convertidas en estatuas de sal «por no volver la cabeza hacia sí».

A estas pobres almas tiene que mandarlas el Señor que se levanten, como al paralítico que hacía treinta años estaba en la piscina.

Hablemos con aquellas otras que, aunque de tarde en tarde, tienen buenos deseos, y consideran quién son.

Pero veamos antes lo que podemos ser, por desgracia nuestra.

¡El alma ennegrecida!

Ya no es el árbol plantado en la fuente de la vida que es Dios, y cuyos frutos son agradables á sus ojos y á los de los hombres.

Ya no es el cristal purísimo de ese diamante, al que da luz y calor el Sol del espíritu que es Dios.

Es el árbol trasplantado á una fuente de negrísimas aguas de muy mal olor.

Es algo negro que se ha interpuesto entre el cristal y la luz divina que irradiaba en su interior.

Se acabará la vida, y el alma que no haya limpiado «la pez de este cristal», no gozará jamás de luz.

No hay cosa que merezca el nombre de mal sino ésta, pues nos acarrea males para sin fin.

Es el alma, que por su culpa se ha dejado invadir del espíritu de las tinieblas. «Queda hecha una tiniebla». Un alma negra es el alma en pecado mortal. No espante tanto lo que haga entonces un alma, como lo que no hace.

¡Estado horroroso!

.

¡Cómo quedan los aposentos del castillo interior! ¡Los sentidos turbados, las potencias con qué ceguedad, con qué mal gobierno!

Hemos entrado en las moradas primeras del castillo interior, por la puerta de la consi-

deración de nosotros mismos.

¿Qué sentimientos hemos de mantener vivos en estas regiones del propio conocimiento?

Temor profundo de caer en las negruras del pecado, en el apartamiento de Dios, fuente de nuestra vida, sol de nuestro espíritu.

Y humildad grande, aprendida de Jesucristo y de sus Santos, para no olvidar nunca que lo bueno que hagamos no viene de nosotros, sino de esta fuente, y de este sol, en quien somos, nos movemos y vivimos.

.
Humildad verdadera, no pen-

samiento ratero, ni ánimo cobarde.

Hace mucho daño no entender bien esto de la humildad.

«Que el alma, como la abeja, vuela (para traer flores) á considerar la grandeza y majestad de su Dios, pues hallará el alma su bajeza, mejor que en sí misma».

«No se estruje (el alma) en estar en una pieza sola, aunque sea en el propio conocimiento».

Mucho más, que en esta morada primera, lejos todavía del cielo de nuestra alma, aunque clara por la luz del sol, es como si llevase uno «tierra en

los ojos», y casi no los puede abrir.

Desprendámonos de esa tierra de la excesiva preocupación por los negocios del mundo, que nos ciega, y preparémonos para entrar en las moradas segundas del castillo interior de nuestra alma.



II

Moradas segundas: *La voz del Señor.—Lucha interior.—Espíritu varonil.—En qué está todo.*

Los que han entendido lo que les importa no quedarse en las primeras moradas, y comienzan á tener ratos de oración, que, aunque flojamente, Dios los estima en mucho, están en las moradas segundas.

Se está más cerca del Señor, «que es muy buen vecino». «Tiene en tanto que le queramos», que no nos deja de lla-

mar una ú otra vez para que nos acerquemos más á él.

Se oye su voz, la voz de Dios que nos llama por una enfermedad, por un trabajo; que nos habla por toda persona buena, por todo libro bueno... por la verdad que nos enseña en aquellos ratos de oración...

Hay esperanza de adelantar. El peligro de perderse es menor que en las moradas primeras, porque ya parece se entienden.

El trabajo, en parte, es mayor. Las primeras moradas son como de mudos que no oyen, y «así pasan mejor su trabajo de no hablar» que si oyesen y no pudieran hablar.

Es la voz del Señor tan dulce, «que se deshace la pobre alma» en no hacer luego lo que le manda esa voz amorosa, y es más trabajo que no oirlo.

La batería que aquí da el espíritu de las tinieblas es más terrible, porque el alma oye.

Mas no por esto se desea más lo de los que no oyen, porque al fin «gran cosa es entender lo que nos dicen».

Lucha dentro de sí mismo.

.....
¡Ah! es que ya hay esperanza de vencer. No luchaba el alma antes, porque se daba por vencida.

Aunque presenta el enemigo los contentos del vivir frente á las abstinencias de la mortificación, las satisfacciones del bienestar sensible contra las austeridades de la penitencia, aquí ¡oh Señor! con vuestra necesaria ayuda la fe nos enseña lo que debemos hacer, la memoria nos muestra en qué paran las cosas de acá abajo, el entendimiento nos hace conocer la falsedad y engaño de los contentos de este mundo lleno de contradicción. Y sobre todo, la voluntad nos inclina á amar al verdadero amador del alma, que está siempre dándole vida y sér.....

Además, esta batería que se pasa nos enseña el gran daño que nos hará andar derramados, y la engañosa ilusión de salir de nosotros mismos; pues «¿qué esperanza podemos tener de hallar sosiego en otras cosas, cuando en las propias no podemos sosegar?»

¿Buscamos paz en casa ajena y no la procuramos en la nuestra?

Nosotros mismos, con quien hemos de vivir siempre, aunque no queramos, somos nuestros mortales enemigos, tanto como lo seamos, por nuestros pecados, de Aquél por quien vivimos y somos.

¿Y quién hallará paz ni seguridad como en este castillo interior? ¡Teniendo tal huésped que le hará señor de todos los bienes, «si él no quiere andar perdido como el hijo pródigo, comiendo manjar de puercos!»

.
«Pensar que hemos de entrar en el cielo y no entrar en nosotros, es desatino».

Mas está tan muerta la fe, que «creemos más lo que vemos», que lo que ella nos dice.

¡Lucha, vencimiento, esfuerzo!

Esto vemos con el sentido,

y esto creemos y tememos sea sólo nuestro regalo en las interiores moradas.....

«Es cosa donosa» que aún estamos con mil imperfecciones «y las virtudes que aún no saben andar», y ya queremos gustos en la oración, y nos quejamos de asperezas y de sequedades.

Tengamos espíritu varonil, y no como el de aquellos israelitas que se echaron á «beber de bruces» cuando iban á la batalla.

«Y no acordarse que hay regalos en esto que comienza de nuestra edificación espiritual, porque es muy baja manera

de comenzar á labrar un tan precioso y grande edificio.» Es como comenzar sobre arena y dar después con todo en el suelo.

Sean nuestras armas las de la cruz, que no las hay mejores en esta batalla. Y no pensar que son estas las moradas «á donde se llueve el maná», sino que están más adelante, á donde todo sabe á lo que quiere un alma, porque no quiere sino lo que quiere Dios.

¡Moradas escondidas donde se puede burlar el alma de sus enemigos, y gozar, por la misericordia de Dios, «de muchos

más bienes que podría desear»,
aún en esta vida!

¿Qué es lo que perseguimos?
¿Dónde está la victoria sobre
nosotros mismos? ¿Cuál será
ese estado oculto de paz á que
aspiramos?....

Toda la pretensión de quien
comienza oración ha de ser
trabajar y determinarse con
cuantas diligencias pueda á
hacer conforme su voluntad
con la de Dios.

En esto consiste la per-
fección y todo nuestro bien. Y
no pensemos «que hay aquí
más algarabías ni cosas no
sabidas y entendidas».

Mas estando en las moradas segundas, no se tiene aún determinación para dejar de entrar en las primeras, porque no se dejan las ocasiones, «que es harto peligro».



III

Moradas terceras: *¡Miserable vida!—
¿Qué nos falta?—Dejarse á si mismo.—
Humildad.—Tener quien nos dé ejemplo*

*Bienaventurado el varón que
teme al Señor.*

Así podemos decir del que ha penetrado ya en las terceras moradas, pues «si no torna atrás» lleva camino seguro de salvación.

¡Si no torna atrás.

¡Vida tan miserable, que no hemos de tener nunca en ella seguridad de conciencia!

Siempre hemos de vivir «como los que tienen enemigos á la puerta».

¿Desear vida tan miserable? «sólo por la esperanza de perderla», ó de gastarla en servicio de Dios, y sobre todo, «que es su voluntad».

.

Muchas almas han llegado á estas moradas del temor de Dios. Deseosas de no ofender al Señor se guardan mucho aún de los pecados veniales: amigas de penitencia, tienen sus horas de recogimiento, gastan bien y ordenadamente el tiempo, hacen obras de ca-

ridad con sus prójimos; manifiestan su modestia en el hablar, en el vestir....

«Buen estado para llegar adelante». Se ha pasado por lo más trabajoso y material, por las asperezas visibles y obstáculos del camino.

¿Qué nos falta?

Estamos como el joven del Evangelio que preguntaba á Jesucristo: ¿Qué debo hacer para adquirir la vida eterna? — Guardar los mandamientos.

— Eso lo vengo cumpliendo desde mi infancia.

— Si quieres ser perfecto, le añadió Jesucristo, ve, vende lo que tienes, dalo á los pobres,

lo que te alcanzará un tesoro en los cielos, y sígueme.

El joven se marchó lleno de tristeza, porque era muy rico, y mucho, por lo tanto, de lo que hubiera tenido que desprenderse.

Tristeza, y alejamiento, que dieron ocasión á aquella terrible sentencia del Divino Maestro: ¡Cuán difícil es que un rico entre en el reino de los cielos!

Nos parece que hemos hecho algo, que hemos hecho todo en el servicio de Dios. ¿Qué nos falta? preguntamos, como quien ha obligado á Dios, cuando «quien más ha reci-

bido más adeudado queda».

Nos falta todo, «la determinación de la voluntad» que es la prueba del verdadero amor.

«¡Oh humildad, humildad!»

«No hayáis miedo que se maten» estos servidores de Dios, en alguna penitencia menos concertada.

Es una manera de servir á Dios «siempre á un paso», «paso á que nunca acabaremos de andar este camino».

Es como si nosotros pudiésemos llegar á las interiores moradas «y que otros anduviesen el camino».

No osamos pasar adelante, porque «como vamos con tanto seso», todo nos ofende y lastima.

.
El caminar aquí ha de ser con una gran humildad, que creamos hemos andado muy pocos pasos, si no toda la vida nos estaremos así.

Y es, que si hemos renunciado á algo «no hemos dejado á nosotros mismos», y así es de trabajoso y pesado caminar «llevando la carga de esta tierra de nuestra miseria».

Mas no tengamos «inquietud y apretamiento de corazón»

pensando sean sentimientos de amor á Dios, producidos por el deseo de ser mejores. Engaño es éste é imperfección en personas que tratan de virtud.

Quiere Dios muchas veces que sus escogidos sientan su propia miseria, y apártales un poco su favor.

Entiéndase esta manera de prueba, pues quiere Dios más la conformidad con su voluntad, que no esta inquietud, este apretamiento de corazón, este engañoso efecto de santos deseos. Y no «canonicen en sus pensamientos estas cosas». Reconózcase humildemente la falta de libertad de espíritu, y

con eso se le pedirá á Dios, quien dará «una paz y conformidad», de más contento y regalo para el alma humilde, que los que ésta deseare en sus imaginadas aspiraciones.

«La humildad es el unguento de nuestras heridas.»

Personas hay de virtud y de oración que no sufren que en algo se las desprecie, sin que les quede una inquietud «que no se pueden valer.»

«¿No son éstos los que consideran cuán bueno es padecer, y aún lo desean?»

¡Plazca á Dios «que no piensen que la pena que tienen es de la culpa ajena, y la hagan

en su pensamiento meritoria!»

Miremos nuestras faltas y dejemos las ajenas, que es mucho de personas tan concertadas «espantarse de todo». «Y por ventura de quien nos espantamos podríamos bien aprender en lo principal», aun cuando en su manera de trato ó de manifestarse le hagamos ventaja.

Siervos sin provecho somos, y no sólo debemos desear, sino procurar se nos tenga por el más ruin de nuestros hermanos los servidores del Señor.

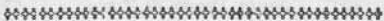
No está el negocio de nuestra salvación «en tener hábito de religión ó no», sino en pro-

curar ejercitar constantemente las virtudes, y rendir nuestra voluntad á la de Dios en todo. Que el concierto de nuestra vida sea también lo que el Señor ordenare de ella.

Gran cosa sería tener á quién acudir para no hacer en nada nuestra voluntad, «que es lo ordinario en que no dañamos», y en vez de ponerse á enseñar de espíritu «quien por ventura no sabe qué cosa es», procurar aconsejarse de quien esté con mucho desengaño de las cosas del mundo, para que nos conozca, y nos conozcamos.

Y que á ejemplo de un alma

«espiritual», «con su vuelo nos atrevamos á volar» nosotros, para lanzarnos, de conformidad con la voluntad divina, á las más elevadas moradas, centro y vida de los amadores del Señor.



IV

Moradas cuartas: *Recogimiento interior.*
— *Oración de quietud.*— *Imaginación y entendimiento.*— *Huir de la ilusión.*

Hay en estas moradas cosas ya tan delicadas que ver y que entender, «que el entendimiento no es capaz para poder dar traza» que no quede bien obscuro para los que no tienen experiencia de ello. Comienzan á ser cosas del orden sobrenatural, y es dificultosísimo de dar á entender, si Dios no lo hace.

Hay una oración de recogimiento en la que el alma entra dentro de sí, ó está sobre sí, para buscar y hallar á Dios en lo interior, como San Agustín después de haberlo buscado en muchas partes.

Y no se llega á este estado por procurar con el entendimiento pensar dentro de sí á Dios, ni por la imaginación imaginarle en sí, como es realmente que Dios está dentro de nosotros, sino por llamamiento especial del mismo Dios cuando no pensamos ni queremos, y fuera de todo procedimiento natural. Que en esta obra del espíritu quien menos piensa y

quiere hacer, hace más. Lo que hemos de hacer es pedir... y esperar.

Hace Dios esta merced á las almas que van dando de mano á las cosas del mundo, aunque no sea por obra, más sí por deseo.

Cuando por estos secretos caminos parece que entendemos que nos oye el Señor cerca de él, procuremos no discurrir, si podemos, pues disposición es ésta para escuchar y estar-se atentos á lo que obra el Señor en el alma.

Mas si no entendemos que nos oye ni nos ve, «no ha comenzado á embebernos», y no

está despierto el amor, «no nos hemos de estar bobos», que harto lo quedará el alma, y la imaginación inquieta con la fuerza que se ha hecho á no pensar en nada. Quiere Dios entonces que le pidamos y consideremos estar en su presencia.

Y pues Dios nos dió las potencias del alma para que con ellas trabajásemos, «no hay para qué encantarlas».

Nada de industrias humanas en cosas que parece puso el Señor su límite y las quiso dejar para sí.

Estas obras interiores son todas suaves y pacíficas, y ha-

cer cosa penosa, ó por fuerza, antes daña que aprovecha, sino es dejar el alma en las manos de Dios con el mayor descuido de su propio provecho y la mayor resignación á la voluntad divina.

Cuando el Señor quiere que nuestro entendimiento cese, ocúpale por otra manera, y da una luz sobrenatural que le hace quedar absorto. El entendimiento «se comide ó le hace comedir» ver que no entiende lo que quiere. Y la voluntad tiene de tal manera su asiento en Dios, que no ha menester hacer caso del bullicio de pen-

samientos, sino dejarse en los brazos del amor, que le enseña lo que ha de hacer en aquel punto, que casi todo es haciimiento de gracias.

Oración de quietud es esta en la que se experimenta un gozo sobrenatural, que originándose de lo muy interior de nosotros mismos, del «centro del alma», como el agua de un pilar váse revertiendo por todas las moradas y potencias, hasta llegar al corazón. *Dilatasti cor meum* (Ps. CXVIII, 32).

«Es como si en aquel hondor interior estuviese un brasero adondese echasen olorosos perfumes...», y el calor y el olor

penetrasen en toda el alma, y aun hartas veces hasta el cuerpo mismo...

¡Qué grandes secretos debe haber en nosotros mismos, que no entendemos!

«¡Y qué grandes, Señor, son vuestras grandezas!»

Las potencias están aquí como embebidas y mirando como espantadas qué es aquello.

.....

Cosas son estas que entiende el alma que lo pasa, y que no se pueden adquirir por muchas diligencias que hagamos.

Y en esto se ve «no ser de nuestro metal, sino de aquel

oro purísimo de la sabiduría divina», esas preciosidades.

.....

No son así los contentos que proceden de nuestro natural, que nacen de nuestras mismas obras virtuosas (siempre con la ayuda de Dios), que parece los hemos ganado á nuestro trabajo, gozándonos de habernos empleado en cosas semejantes... Contentos son éstos que comienzan en nosotros, aun cuando acaban en Dios. No ensanchan el corazón, sino que á veces le oprimen, hasta derramar lágrimas congojosas, que no se puede entender si son todos efectos de amor. No

es aquel gozo que dilatando el corazón comienza en Dios y acaba sintiéndole el natural nuestro. *Cum dilatasti cor meum*

Merced es esta que hace Dios por su voluntad solamente, á quien quiere, y que por nosotros mismos, ni podemos pensar en merecerla, ni creer tenerla en toda la vida.

Humildad, humildad, como en las moradas anteriores, que por ella «se deja vencer el Señor á cuanto de él queremos». Y amar á Dios sin interés, que es buen pagador y no dejará sin recompensa la generosidad del alma desasida del todo.

Para aprovechar mucho y subir á las más elevadas moradas «no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho». Y así lo que nos despierte á amar eso debemos hacer.

«Quizá no sabemos qué es amar».

Amar es la determinación voluntaria de nuestra alma, de nuestro yo, para desear en todo y completamente agradar á Dios. «Y no pensemos que está la cosa en no pensar otra cosa».

Poco importa que el pensamiento ande á veces, como suele, «tan tortolito» que vuela de presto, y «que sólo Dios puede atarle, cuando nos ata así», de

manera que parece que estamos desatados de este cuerpo», porque el entendimiento, como las demás potencias del alma, pueden estar, sin embargo, recogidas con Dios, aunque el pensamiento ande alborotado.

Crear otra cosa es confundir la *imaginación* con el *entendimiento*.

De aquí sucede, «al menos mucha parte en gente que no tiene letras», el quejarse sin fundamento de trabajos interiores. Porque no consideran que hay un mundo interior acá dentro (el mundo de la imaginación), y meten en él todas las potencias del alma.

Puede estar el alma toda junta con Dios en las moradas más interiores «y el pensamiento en el arrabal del casti- llo». «Dejemos andar esta ta- ravilla de molino (la imagina- ción) y molamos nuestra hari- na, no dejando de obrar la vo- luntad y el entendimiento».

No nos ha de turbar el pa- decer con pensamientos invo- luntarios, pues merecemos con este padecer. Aunque pode- mos suplicar al Señor que nos lleve «á donde no nos menos- precien estas miserias, que pa- rece algunas veces están ha- ciendo burla del alma».

¿Qué efectos ó señales produce en el alma esta elevada oración de quietud? ¿Cómo conoceremos que no padecemos engaño del espíritu de las tinieblas, ó de nuestra propia sensibilidad?

Cum dilatasti cor meum.
Suavidad y ensanchamiento interior producido por el gozo sobrenatural de las comunicaciones divinas. Fe viva, esperanza de gozar á Dios, caridad ardiente para amarle. Humildad, pues conoce más la grandeza de Dios. Desprecio de los contentos del mundo, porque ha probado el gozo de Dios...

Huyamos del peligro de la ilusión.

Vemos personas de oración y de penitencia y de vigili-
as, que enflaquecidas así, parécen-
les sentir una especie de sueño
espiritual, y déjense embeber-
cer y enflaquecer más el natu-
ral, hasta caer en lo que les
parece «arrobamiento» siendo
en realidad «abobamiento...»,
«que no otra cosa es estar per-
diendo el tiempo y gastando la
salud». «Que ni están sin sen-
tido ni sienten cosas de Dios».

.....

Cuando es cosa de Dios, aun
que haya decaimiento interior
y exterior, «no lo hay en el

alma», que tiene grandes sentimientos al verse cerca de Dios.

Temamos, pues, cuando caminamos á la perfección «el no tornar atrás», porque por subida que esté una alma en la cumbre, con ofender á Dios todo se pierde.

Mucho cuidado no ponerse en ocasión, porque el demonio «lo pone mucho más» por un alma de éstas que por otras á quienes Dios no haya hecho tales mercedes.

Y si se pierden, quedarán «mucho más perdidas que otras».



V

Moradas quintas: *El gusano de seda.—
La mariposa blanca.—¿Qué es conformarse con la voluntad de Dios?*

Fuera mejor no decir nada de las moradas que faltan, pues no se ha de saber decir, ni el entendimiento lo sabe entender.

Mas envíe el Señor luz del cielo para poder dar alguna á los que lean, y nos dé fuerzas para cavar hasta llegar á este tesoro escondido dentro de nosotros mismos. ¡Oh secretos de

Dios! que no nos deberíamos hartar nunca de procurar dar á entenderlos, si se pensase acertar en algo, y hasta decir mil desatinos, por si alguna vez se atinase, para que alabáramos al Señor.

Llega aquí la oración á un estado de unión en el que queda el alma suspendida de tal modo, que querría emplear todo su entendimiento en entender algo de lo que siente, y como no llegan sus fuerzas á esto, quédase espantado, que si no se pierde del todo, está como muerto.

Muerte sabrosa, «arranca-

miento del alma» de todas las operaciones que puede tener en el cuerpo, muerte deleitosa, apartamiento del alma del cuerpo para mejor estar en Dios, que no hay imaginación ni entendimiento que puedan impedir este bien. Nadie estorba este estado del alma, «ni aun nosotros mismos».

Es unión tal de Dios con la esencia del alma, que el demonio no osará llegar, ni aun debe entender este secreto. Secreto «que no lo fía Dios de nuestro pensamiento».

Esta es la bodega del *Cantar de los Cantares*, es sobre todos los goces, sobre todos

los deleites y sobre todos los contentos de la tierra, es el centro de nuestra alma, donde el Señor nos ha de entrar cuando quiera y como quiera, pues no ha de haber parte de nuestra voluntad en ello, que del todo se le ha rendido, ni es necesario que se le abran las puertas de nuestras potencias y sentidos para entrar en el cenáculo de nuestra alma.

.
Señal verdadera para conocer esta unión con Dios y no hacerse ilusión, es la misma alma cuando vuelve en sí, con una certidumbre tal de que estuvo en Dios y Dios en ella,

que aunque pasen años sin volver á recibir esta merced, no puede dudar que la recibió. No lo vió entonces, pero lo ve después el alma, con certeza tal, que sólo Dios puede ponerla.

Es como el gusano de seda nuestra alma, que «muerta en su descuido y pecado», comienza á tener vida cuando con el calor del Espíritu Santo se aprovecha del auxilio que á todos nos da Dios, y de los remedios que nos dejó en su iglesia.

Váse sustentando en esto y buenas meditaciones, hasta que, crecido el gusano, comien-

za á labrar la seda y edificar el capullo á donde ha de morir. Nuestra verdadera vida es Cristo, y en El está nuestra morada.

¿Fabricar nuestra morada y ser Dios esa morada?.

No es que podamos nosotros quitar ni poner nada de Dios, sino «quitar de nosotros», como esos gusanos, y poner este trabajo, que no es nada, y al que juntará Dios con su grandeza y le dará tan gran valor, que Él mismo sea el premio de la obra.

¡Oh bondad de Dios, que todo ha de ser á vuestra costa! Sólo queréis nuestra voluntad,

que no haya impedimento, y la cera de nuestra alma esté dispuesta y blanda, que ni es menester que se ablande ella, sino que lo consienta.

Pues tejamos este capullo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, y el estar asidos á cosa alguna de la tierra. Muera este gusano y veremos á Dios, como se da á sentir en esta oración de unión.

Una vez muerto el gusano de nuestra alma al mundo, en el capullo de la morada de Cristo, sale una mariposa graciosa y blanca.

¡Cuál sale el alma de este

capullo! Ella misma no se conoce.

¡De un gusano feo á una mariposita blanca!...

Vése el alma agradecida, con un deseo de alabar al Señor que «se querría deshacer» y morir por Él mil muertes. Deseos de penitencia, de soledad, de que todos conozcan á Dios, pena de verle ofendido. . . .

¡Ver el desasosiego de esta mariposita!...

Y es que no sabe á dónde posar y hacer su asiento, que como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta.

Le han nacido alas, ¿cómo

se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso á paso?

Todo le cansa, porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas.

¿Dónde irá la mariposita? Tornar á donde salió no puede, pues no está en nuestra mano, hasta que Dios es servido de hacernos esta merced.

Nuevos trabajos comienzan para esta alma, pues ha de haber cruz mientras vivimos. Nace un deseo de salir del mundo, tan penoso, que si algún alivio tiene es pensar que quiere Dios viva en este destierro, y aún no basta, porque el al-

ma, aun con estas ganancias y mercedes, no está tan rendida en la voluntad del Señor, que su conformidad no sea con gran sentimiento, que quizá proceda de la pena que le da de ver que es ofendido Dios.

Es como la Esposa del *Cantar de los Cantares*, que la entró el Amado en la bodega del vino y ordenó en ella la caridad. Y á imitación de Cristo, cuyo tormento sería inmenso al ver presentes todas las ofensas que se habían hecho y habían de hacer á su Eterno Padre.

Sepamos ahora que lo que hay de mayor precio para nos-

otros en esa unión tan regalada, en la cual no puede haber parte de nuestra voluntad, es que procede de otra verdadera unión que podemos muy bien alcanzar, con el favor de Dios, si nosotros nos esforzamos á procurarla, con no tener voluntad, sino la voluntad de Dios.

¡Oh, qué unión ésta para desear! Venturosa el alma que la ha alcanzado, que vivirá en esta vida con descanso y en la otra también. No quitan el estar unidos con la voluntad de Dios las penas y contentos naturales que no turban el ánimo con una pasión desasosegada,

pues no llegan á lo hondo del alma, sino á los sentidos y potencias, y pasan presto.

¡Unión amable y venturosa con la voluntad de Dios! ¡Qué pocos debemos de llegar á ella! Quedan en nosotros gusanos que no se dan á entender hasta que, como el que royó la yedra á Jonás, nos han roído las virtudes con un amor propio, una propia estimación, un juzgar á los prójimos, una falta de caridad con ellos, no queriéndolos como á nosotros mismos... que no estamos unidos del todo con la voluntad de Dios.

¿Qué es conformarse con la voluntad de Dios?

Hay una conformidad de filósofos, en la que se hace de la necesidad virtud, sobreponiéndose á los sentimientos y afectos del ánimo. Consiste en discreción y saber; pero la voluntad de Dios es amor.

Hay también una conformidad de imaginación, que como toda virtud fingida, aun la humildad, nunca está sin vanagloria, y las virtudes que proceden de Dios están libres de toda soberbia. Hay personas que les parece querrían ser abatidas y públicamente afrentadas por Dios, y después..... «una falta pequeña la encubrirían si pudieren, ó si no la han

hecho y se la cargan, Dios nos libre». Esto que se creyó de terminación de la voluntad fué imaginación nada más.

Obras quiere el Señor, de amor á Su Majestad y amor al prójimo.

«La más cierta señal de si guardamos estas dos cosas es guardando bien la del amor al prójimo». Porque si amamos á Dios no se puede saber tan fácilmente como si amamos al prójimo. Y estemos ciertos que cuanto más aprovechados nos viéremos en este amor más lo estamos en el amor de Dios. Pues es tal nuestro mal natural, que si no nace de la raíz

del amor de Dios no será perfecto nuestro amor del prójimo.

¡El amor del prójimo!

Si se entendiese lo que nos importa esta virtud, no traeríamos otro estudio.

Aunque se tenga oración y regalos interiores, y suspensión de potencias y sentidos en oración de quietud, que á algunos les parece está todo hecho, si tenemos defecto en el amor del prójimo, creed que no habéis llegado á la unión verdadera de voluntad con Dios.

Forzar nuestra voluntad para que se haga la de nuestros hermanos (aunque perdamos de nuestro derecho), y ol-

vidar nuestro bien por el suyo, y procurar tomar trabajo por quitárselo al prójimo, no tanto por él como porque Dios lo quiere, esto es estar unido con la voluntad de Dios.

Con ser unión tan íntima y regalada la de que hemos tratado antes, aún no llega al desposorio espiritual del alma con Dios en las moradas siguientes.

La unión de que hemos hablado no es sino el trato ó conocimiento previo en que el alma se informa y determina á hacer la voluntad de su Esposo, y Su Majestad hace esta misericordia de que «vengan á

vistas». Allí no hay más sino «un ver el alma por una manera secreta quién es este esposo que ha de tomar», que por los sentidos y potencias en ninguna manera podría entender. Y como es tal el Esposo, de sola aquella vista deja al alma más digna de que «se vengan á dar las manos», como dicen, para llegar á concertar el divino desposorio.

El alma no se descuide y desvíe de este desposorio poniendo su afición en cosa alguna que no sea él, que aún no está tan fuerte que se pueda poner en las ocasiones, y el enemigo no la tiene miedo

como después que la ve rendida al divino Esposo. Personas muy encumbradas han llegado á este estado de unión espiritual, y con gran sutileza y ardid el demonio las ha tornado á ganar para sí.

El ejemplo de Judas debe hacernos temer siempre. Jamás podemos estar confiados en nosotros.

Debemos, pues, vigilar constantemente cómo vamos en las virtudes: si mejorando ó disminuyendo en algo, en especial en el amor de unos con otros.

El amor jamás está ocioso, y si no adelantamos es mala señal.



VI

Moradas sextas: *Trabajos interiores y exteriores.—Despertamiento del alma.—Habla el Señor al alma.*

Bien, que es el mayor de los bienes, este desposorio espiritual tan deseado ya por el alma, aún ha de desearlo más, y costarle algo.

¡Qué trabajos interiores y exteriores los que padece hasta entrar en la séptima morada!

De una manera ó de otra, las almas que á tiempos gozan

tan de veras de cosas del cielo es dudoso vivan libres de trabajos de la tierra.

De los más pequeños es «una grita de las personas con quien se trata» (y áun con las que no trata, sino que en su vida le pareció se podían acordar de ella), «que se hace la santa», que hace extremos para engañar al mundo... «mil maneras de mofas» y de dichos de estos.

También hay quien dice bien. Este es otro trabajo mayor que los dichos, porque como el alma ve claro, que si tiene algún bien, es dado de Dios, y en ninguna manera suyo, es un tormento intolerable, al

principio. Luego, la experiencia le hace ver «que tan presto dicen bien como mal», y así no hace más caso de lo uno que de lo otro. Además llega á ver, como en tercera persona, toda cosa buena, como dada de Su Majestad, y no suya, y así piensa que teniéndola por buena, áun no siéndolo, puede aprovechar á alguna alma.

.....Y cuando ya viene á no tener mucho cuidado de esto, menos lo tiene de aquellos dichos, «antes se huelga y le es como una música muy suave», porque ya la experiencia le enseña la gran ganancia que viene por este camino.

También suele dar el Señor enfermedades grandísimas. En parte, cuando son dolores agudos muy recios, parece el mayor trabajo exterior que hay en la tierra, porque descompone lo interior y lo exterior, «de manera que aprieta un alma que no sabe qué hacer de sí», aunque, en fin, no da Dios más de lo que se puede sufrir, y da Su Majestad primero la paciencia.

Además, tormento con el confesor, de temer que el alma sea engañada; ceguedad, que no parece que jamás se ha acordado de Dios; parecer que no sabe informar á los confe-

sores,que está el entendimiento tan obscuro que cree lo que la imaginación le presenta, pues ésta es la señora; y los desatinos que el demonio la quiere representar, que parece tiene licencia para probar al alma, dándole á entender que está reprobada de Dios; combatida con un apretamiento interior, de manera tan sensible é intolerable, que no se sabe á qué comparar, sino á los que padecen en el infierno, porque ningún consuelo se admite.....

El mejor remedio es entender en obras de caridad exteriores, y esperar la misericor-

dia de Dios, que «á deshora», con una palabra suya ó una ocasión, lo quita todo tan de presto, «que parece no hubo nublado en aquel alma según quedó llena de sol» y de mucho más consuelo.

A la mariposita... estos trabajos la hacen tomar más alto vuelo.

Comencemos á tratar de la manera como se há con ella el Esposo.

Muchas veces, áun sin tener la memoria de Dios, Su Majestad la despierta «á manera de un cometa que pasa de presto.....»

Entiende muy bien el alma que fué llamada de Dios. Siéntese ser herida sabrosísimamente, aunque no atina cómo ni quién la hirió; conoce ser cosa preciosa, y jamás querría ser sana de aquella herida; quéjase con palabras de amor.... es harta pena, aunque sabrosa y dulce, y mucho más le satisface que el embebecimiento, que carece de pena, de la oración de quietud.

¿Quién dará á entender esta operación de amor?

¡Oh, poderoso Dios, qué grandes son vuestros secretos!

¡Qué diferentes las cosas del espíritu á cuanto por acá se

puede ver, ni entender!.....

¿Qué desea el alma? ¿Qué le da pena? ¿Qué mayor bien quiere?.....

Parece que «de este fuego del brasero encendido que es mi Dios saltaba alguna centella y daba en el alma, y como no era bastante para quemarla, y es él tan deleitoso, queda con aquella pena, y al tocar hace aquella operación... Y este dolor sabroso «nunca está estante», y no acaba de abrazar el alma, y cuando va á encenderse muérese la centella, y queda el alma con deseo de tornar á padecer aquel dolor amoroso.....

Aquí están todos los sentidos y potencias sin ningún embebecimiento, mirando qué podrá ser, sin estorbar nada, ni poder acrecentar aquella pena deleitosa, ni quitarla.

Podrá el demonio dar el sabor y deleite «que parezca espiritual», mas juntar pena tanta con quietud y gusto del alma «no es de su facultad», que todos sus poderes están en los afueras, no en esta región que él no puede señorear; y sus penas no son jamás sabrosas, ni con paz, sino inquietas y con guerra.

.
También suele el Señor te-

ner otras maneras de despertar el alma: que á deshora, estando rezando vocalmente y con descuido de cosa interior, parece viene una inflamación deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande, que se comunicase por todos los sentidos, sólo para dar á sentir que está allí el Esposo.

«.....Son unas hablas de Dios con el alma», de muchas maneras: unas parece vienen de fuera, otras de lo muy interior... muchas veces puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginación ó melancólicas; «de estas dos maneras de

personas no hay que hacer caso», sino oírlas como á personas enfermas, y traer cuenta con quitarles oración, porque suele el demonio aprovecharse de estas almas, aunque no sea para su daño, para el de otras.

¿Cómo se entenderá son de Dios estas maneras de hablar al alma?

Es de advertir, ante todo, que no pensemos ser mejores porque nos hable Dios «que harto habló á los fariseos», y todo el bien está cómo se aprovechan de esas palabras. Y ninguna palabra que no vaya muy conforme á la escritura hacer más caso de ella que si

la oyésemos al mismo demonio.

La primera y más verdadera señal si es de Dios es «el poderío y señorío que trae consigo». Está un alma en toda la tribulación y alboroto interior: con una palabra de estas que diga solamente «no tengas pena», queda sosegada y sin ninguna, y con gran luz. Está afligida y toda llena de temor por creer sea del demonio: con una palabra que se le diga solo «yo soy, no hayas miedo», se le quita del todo, y queda consoladísima. Está con mucha pena de algunos negocios graves, que no sabe cómo han

de suceder: entiende que se sosiegue «que todo sucederá bien», y queda con certidumbre y sin pena.

Señales verdaderas son también la gran quietud que queda en el alma, y recogimiento devoto y pacífico; el no pasarse estas palabras de la memoria en mucho tiempo, y algunas jamás; y si son en cosas por venir queda una certidumbre grandísima, de manera, que algunas veces, en cosas muy imposibles al parecer, en que anda con algunas vacilaciones el entendimiento, en la misma alma está una seguridad que no se puede rendir,

aunque le parece que vaya todo al contrario de lo que se entendió, y pasan años, y no se le quita aquel pensar, que Dios buscará otros medios, que en fin se ha de hacer... y así es que se hace, se cumple la palabra del Señor, y queda el alma tan contenta y alegre, que no querría sino alabar siempre á su Majestad, y mucho más por ver cumplido lo que se le había dicho, que por la misma obra, aunque le vaya mucho en ella.

Señales seguras son éstas de ser de Dios, aunque no de manera, que si es cosa grave, y que se ha de poner por obra,

jamás se haga nada ni pase por pensamiento, sin el padecer de confesor «letrado, avisado, y siervo de Dios», porque esto quiere el Señor, y no es dejar de hacer lo que él manda.

Otra manera hay como habla el Señor al alma. Es tan en lo íntimo del alma, y parécele tan claro oír aquellas palabras, con los oídos del alma, al mismo Señor, y tan en secreto, que la misma manera de entenderlas, con las operaciones que hace la misma visión, asegura y da certidumbre de no poder el demonio tener parte allí.

Puede haber seguridad por estas razones: porque es tanta la claridad del habla, que una sílaba que falte de lo que se entendió, se acuerda, y si fuera de imaginación sería como soñada; es «á deshora», sin estar pensando en lo que se entendió, en cosas que jamás tuvo acuerdo de que habían de ser; lo uno es como quien oye, y lo de la imaginación es como quien va componiendo lo que él mismo quiere que le digan, poco á poco; en sólo una palabra se comprende mucho que nuestro entendimiento no podría comprender tan de presto, y junto con las palabras se

da á entender, mucho más de lo que ellas suenan, sin palabras; y, finalmente, si es cosa de Dios, mientras mayor merced la hace, más en menos se tiene la misma alma, y más acuerdo trae de sus pecados, y más empleada su memoria y voluntad en querer sola la honra de Dios, y no acordarse de su propio provecho.



VII

Moradas sextas (continuación): *Arrobamiento. — Vuelo del espíritu.*

Con estas cosas dichas de trabajos y las demás ¿qué sosiego puede traer la pobre mariposica? Todo es para más deseargozar al Esposo, para que tenga ánimo de unirse con tan gran Señor, que si no lo diera Dios sería imposible, porque nuestro natural es muy tímido y bajo para tan gran cosa. Y así lo que hace Su Majestad, para

concluir este desposorio, que es cuando da arrobamientos, es sacar al alma de sus sentidos, porque si estando en ellos se viese tan cerca de esta gran Majestad, no era posible por ventura quedar con vida.

Una manera hay de arrobamiento cuando estando el alma tocada con alguna palabra que se acordó y oyó de Dios, parece que Su Majestad desde lo interior del alma hace crecer la centella que dijimos y, queda abrasada toda ella, y como el ave fénix renovada, perdonadas sus culpas, piadosamente pensando, si ha tenido el alma las disposiciones que la

Iglesia enseña. Y así limpia el alma, la junta Dios consigo, sin que la misma alma entienda de manera que lo pueda después decir. No es como un desmayo en que se pierde el sentido, porque el alma nunca estuvo tan despierta ni con tan gran luz. ¿Cómo puede ser esto? Quizá ninguna criatura puede saberlo.

Cuando estando el alma en esta suspensión el Señor tiene á bien mostrarle algunos secretos, como visiones imaginarias, esto queda impreso de tal modo, que nunca jamás se olvida de la memoria, mas cuando son visiones intelec-

tuales, no se saben decir, porque debe haber algunas tan subidas, que no les conviene entender á los que viven en la tierra, para poderlas decir.

¿Qué provecho traen al alma si no ha de haber después acuerdo de esos secretos? «En lo muy interior del alma quedan bien escritos», y jamás se olvidan. ¿Cómo puede ser esto? Tampoco lo podemos entender, mas es cierto que quedan en esta alma tan fijadas unas verdades de la grandeza de Dios, que aún cuando no tuviera fe, desde aquel punto adorara á Dios como tal. Como Jacob por sólo ver una escala que subían

y bajaban ángeles, y como Moisés, que debió entender tan grandes cosas dentro de los espinos de aquella zarza... y no supieron decir todos los secretos que entendieron. «Un gusano de tan limitado poder como nosotros» ¿por qué ha de buscar razones para entender las grandezas ocultas de Dios?

Estando el alma tan hecha una cosa con Dios dentro de este aposento del cielo empíreo que debemos tener en lo interior de nuestras almas, no siempre quiere el Señor que vea esos grandes secretos, porque está tan embebida en gozarle, que le basta tan gran bien, aun-

que algunas veces gusta «que se desembeba» el alma, y de presto vea lo que hay en aquel aposento, y así queda después con aquel representársele por visión intelectual las grandezas que vió, mas no puede decir ninguna, ni llega su natural á más de lo que sobrenaturalmente ha querido Dios que vea.

Si algunas veces no entien-
de de estos secretos en los arro-
bamientos el alma, no son arro-
bamientos, sino alguna flaque-
za natural, como se dijo en la
oración de quietud. Esos no
tienen que ver con arroba-
mientos, porque el que lo es

«cree que roba Dios el alma para sí», y como á cosa suya, y á esposa suya, «la va mostrando alguna partecica del reino que ha ganado, por serlo», que por poco que sea «es todo mucho en este gran Dios», y «no quiere estorbos de nadie, ni de potencias, ni de sentidos», sino de presto manda cerrar las puertas de todas estas moradas, y sólo la en que él está queda abierta para entrarnos.

A veces, en queriendo el Señor arrebatarse el alma, todo se quita tan de presto, y hasta se enfrían las manos y el cuerpo de modo que no parece tiene

alma, ni se entiende algunas veces si queda el aliento. Esto dura poco espacio, porque quitándose esta gran suspensión un poco, parece que el cuerpo torna algo en sí, y alienta «para tornarse á morir, y dar mayor vida al alma». Mas acaece, aunque se quita, quedarse la voluntad tan embebida y el entendimiento tan enajenado, que parece no es capaz para entender en cosa que no sea despertar la voluntad á amar, y ella «está harto despierta para esto, y dormida para arrostrar á asirse á ninguna criatura.»

¡Misericordia grande de un

Dios que así se quiere comunicar á un gusano!... «¿Qué hacemos? ¿En qué nos detenemos? ¿Qué es bastante para que un momento dejemos de buscar á este Señor, como lo haría la Esposa por barrios y plazas? ¡Oh, que es burlería todo lo del mundo, si no nos llega y ayuda á esto, aunque duraran para siempre sus delicias, y riquezas, y gozos, cuantos se pudieren imaginar! Que es todo asco y basura, comparados á estos tesoros que se han de gozar sin fin. Ni aun éstos no son nada en comparación de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros y del cielo y

de la tierra. ¡Oh ceguedad humana! ¿Hasta cuándo, hasta cuándo se quitará esta tierra de nuestros ojos?»

Aun entre los que nos parece no estamos ciegos del todo, «vemos unas motillas, unas chinitas», que si las dejamos crecer, bastarán á hacernos gran daño. Aprovechémonos de estas faltas para conocer nuestra miseria, y «ellas nos den mayor vista», como la dió el lodo al ciego del Evangelio, que sanó el Esposo de nuestras almas.

.

¡Oh, cuando el alma torna ya del todo en sí, qué es la confu-

sión que le da! Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra «fuesen lenguas» para alabarle por ella. Los deseos de hacer penitencia son grandísimos, y «vé claro que no hacían mucho los mártires en los tormentos que padecían», porque con esta ayuda de Nuestro Señor es fácil.

Cuando esta gran merced del arrobamiento la hace Dios á las almas delante de personas ¡qué pena y corrimiento tan grande que les queda! Porque conocen la malicia del mundo, y entienden «que no lo

echarán por ventura á lo que es», sino que por lo que habían de alabar al Señor, les será ocasión quizás para echar juicios. Mas á un alma que estaba en esta aflicción, hizo entender Nuestro Señor: *No tengas pena, que, ó ellos han de alabarme á mí, ó murmurar de tí, y en cualquier cosa de estas ganas tú.*

Otra manera de arrobamiento hay, ó «vuelo del espíritu», en el que algunas veces se siente de presto un movimiento acelerado del alma, que parece es arrebatado el espíritu con tal velocidad, que pone harto te-

mor. Menester es grande ánimo á quien Dios ha de hacer tales mercedes, y fe, confianza, y resignación grandes de que haga Nuestro Señor del alma lo que quisiere. Que parece quiere Dios dar á entender al alma que, pues tantas veces con tan grandes veras se ha puesto en sus manos, y con tan entera voluntad se le ha ofrecido toda, que entienda que ya no tiene parte en sí, y «no hacer más que una paja cuando la levanta el ámbar», y dejarse en las manos de quien tan poderoso es, juzgando lo más acertado hacer de la necesidad virtud.

Parece que de aquel pilar de agua, de que hablamos en las cuartas moradas, que con tanta suavidad y mansedumbre se henchía, aquí desató este gran Dios los manantiales de las aguas, y con ímpetu grande y ola tan poderosa, «que sube á lo alto esta navecica de nuestra alma».

Pone espanto cómo se muestra aquí el poder de Dios. Si á los que andan muy perdidos por el mundo se les descubriera el Señor, como hace á estas almas, aunque no fuera por amor «por miedo no le osarían ofender».

¡Cuánto deben á Dios las al-

mas á quienes hace estas mercedes!... ¡y sin tener con qué pagar!

A una persona que estaba muy afligida delante de un crucifijo considerando que nunca había tenido qué dar á Dios ni qué dejar por Él, díjole el mismo Crucificado: que «él le le daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su pasión, que los tuviese por propios para ofrecer á su Padre».

.

El alma que fué así arrebatada, parece que toda junta ha estado en otra región muy diferente de esta en que vivimos, á donde se le muestra una luz

muy distinta de la de acá, y en un instante ve tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas en su imaginación y entendimiento, no pudiera de mil partes una. Esto no es visión intelectual, sino imaginaria, y se ve con los ojos del alma mejor que acá vemos con los ojos del cuerpo. Ve algunos santos y multitud de ángeles con el Señor de ellos, por un conocimiento admirable que no se sabe decir... Así como el sol estándose en el cielo sus rayos llegan acá, «¿así el alma y el espíritu (que son una misma cosa, como son el sol y sus rayos) puede, que-

dándose ella en su puesto, con la fuerza del calor que le viene del verdadero Sol de justicia, alguna parte superior salir sobre sí misma?» No lo sabemos. Lo que es verdad es que con la presteza con que sale la bala de un arcabuz cuando le ponen el fuego, así «se levanta en lo interior un vuelo, que aunque no hace ruido, hace movimiento tan claro que no puede ser antojo en ninguna manera, y muy fuera de sí misma á todo lo que puede entender, se le muestran grandes cosas.

Parece que le ha querido el Señor mostrar al alma algo de la tierra á donde ha de ir, co-

mo á los del pueblo de Israel de la tierra de promisión, para que pase los trabajos de este camino tan trabajoso, sabiendo á dónde ha de ir á descansar.

Señales verdaderas de no ser cosa del demonio ni de propia imaginación son la paz, sosiego y aprovechamiento que dejan en el alma estas mercedes del Señor. Conocimiento de la grandeza de Dios, humildad y conocimiento propio, y tener en muy poco todas las cosas de la tierra, si no fueren las que puede aplicar para el servicio de tan gran Dios, estas son las joyas que comienza el Esposo á dar á su esposa.



VIII

Moradas sextas: (continuación): *Sabroso tormento.—Engaño que ha de evitarse.—Visión intelectual.*

De estas mercedes tan grandes queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento «aunque sabroso». Unas ansias grandísimas de morirse, y pedir á Dios la saque de este destierro. Tiene algún alivio en viéndose á solas, y presto acude esta pena, que ya en estando sin ella «no se hace».

En fin, «no acaba esta mariposica de hallar asiento que dure». Cualquiera ocasión que sea para encender este fuego de amor, la hace volar, y así en esta morada son muy continuos los arrobamientos.

Anda el alma también muy afligida, porque si por una parte tiene gran seguridad, por otra teme si la ha de engañar el demonio.

Tiene un deseo tan grande de no descontentar á Dios, ni hacer una imperfección, que quisiera por esto sólo huir de las gentes; pero, por otra parte, se querría meter en mitad del mundo por ver si pudiera

ser parte para que un alma alabase más á Dios, y hasta desearía tener libertad «para dar voces publicando quién es este gran Dios».

«¡Oh, pobre mariposilla, atada con tantas cadenas, que no te dejan volar lo que querías!» «¡Tened lástima, mi Dios!» y ordenad ya de manera que ella pueda cumplir en algo sus deseos para vuestra honra y gloria. No os acordéis de su bajo natural, «no la hayáis lástima», que con vuestra fortaleza ayudada puede pasar muchos trabajos. Alargad, Señor, vuestro poderoso brazo, no se le pase la vida en cosas

tan bajas. Aparézcase vuestra grandeza en cosa tan femenil y baja, para que entendiendo el mundo que no es nada de ella, os alaben á Vos, cuéstele lo que le costare, que eso quiere, y dar mil vidas porque un alma os alabe un poquito, y entiende con toda verdad que no merece padecer por Vos un pequeño trabajo, cuanto más morir.

.....

Una cosa es de advertir en estos grandes deseos de ver á Nuestro Señor, porque como es deseo que ya parece de personas muy aprovechadas, podría el demonio moverle, para

que pensásemos que lo somos: siempre es bueno andar con temor. La paz que esta pena pone en el alma no sería entonces sino el movimiento de alguna pasión.

Adviértase también que la flaca complexión natural puede causar penas de estas, en especial en personas tiernas, «que por cada cosita lloran», y mil veces las hará entender que lloran por Dios, aunque no sea así. Pretende el demonio aquí que se enflaquezcan esas débiles personas que parecen no han de acabar de llorar, para que después no puedan tener oración... No pensemos

que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho y de las virtudes, que son las que nos han de hacer al caso, y las lágrimas vénganse cuando Dios las envíe, no haciendo nosotros diligencias para traerlas. «Estas dejarán esta tierra seca regada», y son gran ayuda para dar fruto, «porque es agua que cae del cielo»: la que sacamos «cansándonos en cavar para sacarla», no tiene que ver con ésta, y muchas veces cavaremos, y quedaremos molidos y no hallaremos «ni un charco de agua, cuanto más pozo manantial». Dénos el Se-

ñor lo que quisiere, que Él sabe lo que nos conviene, y con esto andaremos descansados, «y el demonio no tendrá tanto lugar de hacernos trampantajos.....»

Entre estas cosas penosas y sabrosas juntamente da Dios al alma algunas veces unos júbilos y oración extraña que no sabe entender qué es. A lo que parece, es una unión grande de las potencias, sino que las deja Dios en libertad para que gocen de este gozo, y á los sentidos también, sin entender qué es lo que gozan, ni cómo lo gozan. Es gozo tan excesivo del alma, que no querría go-

zarle á solas, sino decirlo á todos para que la ayudasen á alabar á Nuestro Señor. «¡Oh, qué de fiestas haría y qué muestras, si pudiese, para que todas entendieran su gozo!» Parece que «se ha hallado á sí», y como el padre del hijo pródigo querría convidar á todos y hacer grandes fiestas «para ver su alma» en puesto que no puede dudar que está en seguridad, al menos por entonces, que tanta paz y gozo interior no es posible darle el demonio.

Estando con este gran ímpetu de alegría, es hartó que calle y pueda disimular, y no

poco penoso. «Esto debía sentir San Francisco cuando lo toparon los ladrones, que andaba por el campo dando voces, y les dijo, que era pregonero del gran Rey». Y San Pedro de Alcántara, y otros santos, que harían esto mismo, y los tenían por locos los que les oyeron. «¡Oh, qué buena locura! ¡Si nos la diese Dios á todos!....» «¿Para qué queremos tener más seso? ¿Qué nos puede dar mayor contento?»

Parecerá que estas almas, á quien tan particularmente se comunica Dios, que tendrán seguridad de gozarle para siem-

pre, y no temerán ni llorarán más sus pecados. Engaño grande es éste. Porque el dolor de los pecados crece mientras más recibimos de Dios, y no se acuerda tanto el alma de la pena que ha de tener por ellos, como de que fué tan ingrata á quien tanto debe, y á quien tanto merece ser servido; y «espántase cómo fué tan atrevida, llora su poco respeto, parécele una cosa tan desatinada su desatino que no acaba de lastimar jamás cuando se acuerda por las cosas tan bajas que dejaba una tan gran Majestad». Mucho más se acuerda de esto que de las mercedes

que recibe, que parece las lleva y las trae un río caudaloso, mientras que esto de los pecados «está como un cieno».

Miedo del infierno ninguno tienen estas almas, y si desean no estar mucho en el purgatorio, es más por no estar ausentes de Dios lo que allí estuvieren, que por las penas que han de pasar. Todo su temor es no las deje Dios de su mano para ofenderle.

Para esta pena ningún alivio es pensar que tiene Dios perdonados y olvidados nuestros pecados, «antes añade á la pena ver tanta bondad».

.

Parecerá también que estas almas se ejercitarán ya en amorúnicamente, y no tendrán meditación en los misterios de la sacratísima humanidad de Jesucristo, ni en los de la sacratísima Virgen, y menos en la vida de los Santos, que tan gran provecho y alimento nos da su memoria....; pero entonces ¿en qué habían de pensar estas almas?

No es de los que vivimos en cuerpo mortal estar siempre abrasados en amor como los espíritus angélicos, y menester es que pensemos y nos acompañemos de los que teniendo también cuerpo mortal hicieron

tan grandes hazañas por Dios... y mucho menos apartarnos de todo nuestro bien y remedio, que es la sacratísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, quien es luz y camino, y nadie podrá ir al Padre sino por él.

Cierto, que después de la contemplación perfecta que da Dios al alma, queda el entendimiento más inhabilitado para la meditación, y el alma con la voluntad ya encendida en amor no querría entender otra cosa...; mas no podrá aunque quiera, pues cuando está amortecido el fuego que suele hacer quemar á la voluntad «es me-

nester quien le sople para echar calor de sí».

¿Sería bueno que se estuviese el alma esperando fuego del cielo que queme este sacrificio que está haciendo de sí á Dios?

No es bien esperar milagros, antes quiere el Señor que nos tengamos por tan ruines, que no merecemos los haga, y nos ayudemos en todo lo que pudiésemos. Así es, que en no sintiendo la presencia de Dios, es menester que la busquemos, y preguntemos á las criaturas quién las hizo, como dice San Agustín, y no nos estemos bobos.

Si no puede el alma que ha

llegado á alta contemplación discurrir poco á poco con el entendimiento sobre las verdades encerradas en los misterios, represéntese éstos en la memoria, que son muestras de amor tan preciosas, que como vivas centellas encenderán más el alma en el amor á Dios Nuestro Señor.

Acaece estando el alma descuidada de que se le ha de hacer tal merced, ni haber pensado jamás merecerla, que siente junto á sí á Jesucristo Nuestro Señor, aunque no le ve, ni con los ojos del cuerpo, ni del alma.....: visión

intelectual puede llamarse.

Es merced del Señor que trae consigo grandísima confusión y humildad; si fuese visión del demonio sería todo lo contrario, y habría luego «humos de propia estimación.....» Trae consigo un conocimiento particular de Dios, y un tiernísimo amor hacia su Majestad, frutos de la presencia tan continua y sensible del Señor.

Se dirá que si no se ve, cómo se entiende que es Jesucristo. Esto no lo puede entender el alma «cómo lo entiende», sino que lo sabe con una grandísima certidumbre.

Prueba es esta de cuán bajo

es nuestro natural para entender las «grandes grandezas» de Dios.

.

Cuando el Señor es servido de regalar más á esta alma, muéstrale claramente su sacratísima humanidad, con la presteza de un relámpago, como un sol á quien la vista interior no puede estar mirando; y no es que su resplandor dé pena, porque es resplandor como de luz infusa, y de un sol cubierto como de un diamante. Casi todas las veces que Dios hace esta merced, el alma se queda en arrobamiento, «que no puede su bajeza sufrir tan espan-

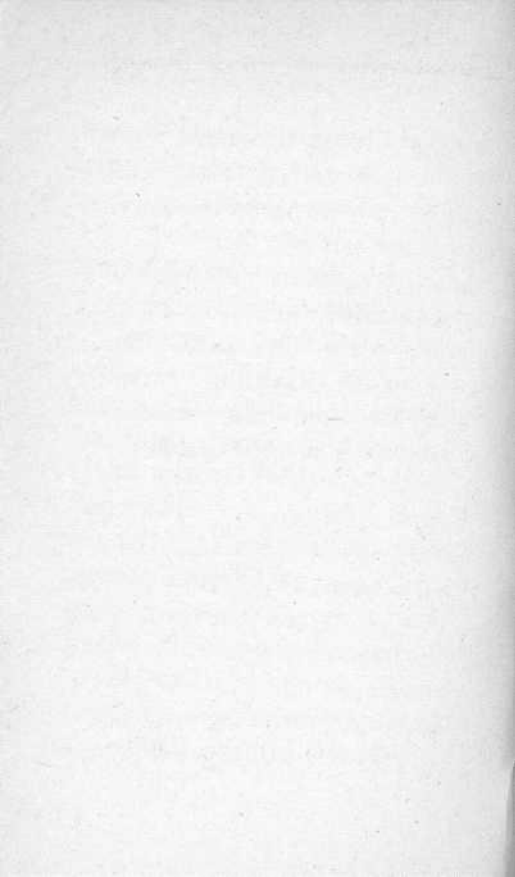
tosa vista». Espantosa porque con ser la de mayor hermosura que se puede pensar ni imaginar, es su presencia de tan grandísima majestad, que hace gran espanto en el alma...

Y revuelve todas las potencias y sentidos con un gran temor y alboroto para ponerla luego en aquella dichosa paz. Como cuando fué derrocado San Pablo vino aquella tempestad en el cielo, así en este mundo interior se hace este gran movimiento, y en un punto queda todo sosegado...

¡Oh, Señor, cómo os desconocen los cristianos! ¿Qué será aquel día cuando vengáis á

juzgar? ¡pues viniendo aquí tan de amistad á tratar con vuestra esposa, pone en miraros tanto temor!»

Los tormentos del infierno no dan miedo ni son nada en comparación de cuando los condenados «hayan de ver airados estos ojos tan hermosos y mansos y benignos del Señor.





IX

Moradas sextas (conclusión): *Deseos peligrosos.—Comunicación intelectual de Dios con el alma.—Prueba de amor.*

Conocidas estas mercedes que hace Dios á las almas, jamás le supliquemos, ni deseemos que nos lleve por este camino, aunque se ha de tener en mucho, como sabemos.

No conviene desearlo, por estas razones:

Lo primero, porque es falta de humildad querer se nos dé lo que nunca hemos merecido.

y parece que nunca se dará así, porque primero da el Señor un gran conocimiento propio que hace estas mercedes.

Lo segundo, porque está muy en peligro de ser engañada el alma, pues el demonio no ha menester más de ver una pequeña puerta abierta «para hacernos mil trampantojos». Y como decía un gran letrado «el demonio es gran pintor». Aunque si él sabe mostrar al alma muy al vivo una imagen del Señor, también podrá la misma alma servirse de esa imagen para avivar la devoción y hacer guerra al demonio con sus mismas armas.

Lo tercero, la misma imaginación, cuando hay gran deseo, fabricará alguna figura, y aunque será como cosa muerta en comparación de la verdadera, pero les parece á algunas personas que todo lo que imaginan claramente lo ven.

Lo cuarto, es muy grande atrevimiento que queramos escoger camino, no sabiendo el que nos conviene más.

Lo quinto, ¿qué trabajos no padecen las almas á quien Dios hace estas mercedes? ¿Sabemos nosotros si podríamos sufrirlos?

Lo sexto, ¿sabemos si por lo mismo que queremos ganar

perderíamos, como hizo Saúl por querer ser rey?

En fin, es lo más seguro siempre «querer lo que quiere Dios», que nos conoce más que nosotros mismos, y nos ama.

Y advirtamos, que por recibir muchas mercedes de éstas no se merece más gloria, antes obliga á servir más á quien más recibe. En lo que es realmente más merecer no nos lo quita el Señor, pues está en nuestra mano.

Y deseos sobrenaturales de almas muy enamoradas que quieren viese el Señor «no le sirven por sueldo», son de no recibir gloria por cosa alguna,

sino contentar al amor, y consumirse el alma en él, y si fuera menester, quedar para siempre aniquilada por la mayor honra de Dios.

Por otras maneras se comunica Dios harto más subidas y menos peligrosas, porque el demonio no las podrá contrahacer.

Acaece, cuando el Señor es servido, estando el alma en oración, y muy en sus sentidos, venirle de presto una suspensión, adonde la da el Señor á entender grandes secretos, y adonde se le descubre, por modo muy intelectual, cómo en

Dios se ven todas las cosas, y las tiene todas en sí mismo.

Aquí se ve muy claro la maldad de cuando ofendemos á Dios, porque «en el mismo Dios hacemos grandes maldades...»

¡Oh, cosa temerosa y digna de gran consideración!... ¡Que si acabásemos de entender estas verdades, no sería posible tener atrevimiento tan desatinado!

Consideremos la gran misericordia y sufrimiento de Dios «en no hundirnos allí mismo», cuando cometemos una maldad dentro del mismo Creador nuestro.

¡Oh, miseria humana! ¡Y que

nosotros sintamos tanto una palabra que se dijo en nuestra ausencia, y quizá sin mala intención...! «¿Hasta cuándo imitaremos en algo á ese gran Dios!»

.

También muestra Dios en sí mismo al alma una verdad, que deja obscurecidas todas las que hay en las criaturas, y muy claro da á entender que El sólo es la verdad, entendiéndose así lo que dice David «que todo hombre es mentiroso».

Andemos siempre en verdad delante de Dios y de las gentes, porque así se agrada á la

Suma Verdad, quien anda en ella.

Y de aquí viene el por qué Nuestro Señor es tan amigo de la humildad, porque la humildad es «andar en verdad,» que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros sino la miseria, y ser nada.

Y quien esto no entienda «anda en mentira».

¿Habrán bastado todas estas mercedes que la ha hecho el Esposo para que la mariposilla esté satisfecha y haga asiento adonde ha de morir? No, ciertamente.

Se le ha descubierto lo que

merece ser amado este gran Dios y Señor, y crece el amor y el deseo de gozarle al verse está tan ausente, y apartada de Él.

Andándose así esta alma «abrasándose en sí misma» acaece, por un pensamiento muy ligero ó una palabra que oye, no se entiende de dónde ni cómo, «de que se tarda en morir».... como si fuera una saeta de fuego agudamente hiere en lo más hondo é íntimo del alma, donde este rayo, que de presto pasó, «deja hecho polvos» todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural.

En un punto ata las potencias de manera, que no quedan con ninguna libertad para cosa alguna, sino para las que le han de acrecentar este dolor: ello es un arrobamiento de sentidos y potencias para todo lo que no sea ayudar á sentir esta aflicción.

Es un dolor en el alma, sin comparación mayor que todos los que pueden padecerse en el cuerpo. Es gran peligro de muerte, y aunque dure poco, deja al mismo cuerpo descoyuntado, y falta el calor natural, como si el alma se quisiese ya dar á Dios, y se muere por morir, abrasándose de ma-

nera que con otro poquito más cumpliría Dios sus deseos.

No se siente poco ni mucho dolor en el cuerpo, y aunque queda como descoyuntado y sin fuerzas, es tan interior el sentimiento en el alma, que no sentiría en el cuerpo si le hiciesen pedazos.....

La razón ya no es dueña de pensar, sino el motivo que tiene para penar; pues está ausente de su bien ¿para qué quiere vivir?...

Siente una soledad extraña, pues todas las cosas de la tierra le son como sombras, porque criatura ninguna puede hacerle compañía, como no

fuera el que ama... Abrasada con esta sed, no puede llegar al agua, ni quiere otra que la que dijo el Señor á la Samaritana... y eso no se lo dan. ¡Oh, Dios, cómo apretáis á vuestros amadores! Mas todo es poco para lo que les dais después.

Y es de tanto precio esta pena, que entiende muy bien el alma que no la podía ella merecer.

Pues consideremos ahora aquellos que están en el infierno, que no tienen esta conformidad que pone Dios aquí en el alma, y que no ven ganancioso este padecer, este tormento del alma, tanto más re-

cio que los del cuerpo, y los que ellos pasan sin comparación mayores que éste que aquí hemos dicho, y ver que han de ser para siempre jamás... ¿qué será de estas desventuradas almas? Y «¿qué podemos hacer en esta vida tan corta, ni padecer, que sea nada para librarnos de tan terribles y eternos tormentos?»...

.

Quitada esta pena queda el alma con grandísimos efectos. Perdido el miedo á los trabajos que la puedan suceder, porque en comparación del sentimiento que padeció su alma, le parece son nada. Queda con gran

desprecio del mundo, porque ve que nada de él le valió en aquel tormento, ni criatura alguna puede consolar y hartar su alma, sino sólo su Criador.



X

Moradas séptimas: *La morada del Señor.*
—*Matrimonio espiritual.*—«*Vive Cristo en mí.*».—*Fruto del divino matrimonio.*

¡Oh, gran Dios! parece que tiembla una criatura tan miserable como yo de tratar en cosa tan ajena de lo que merezco entender.

En esta séptima morada que es la morada de Dios, plazca á Su Majestad que entendamos algo más de sus misericordias para que más sea alabado y glorificado su nombre.

.

Cuando el Señor es servido tener piedad de lo que padece por su deseo esta alma, y hacerle la merced de este divino matrimonio espiritual, la entra primero en esta morada séptima, que es la morada del Señor. Y quiere ya nuestro buen Dios «quitar las escamas de los ojos», y que vea y entienda el alma algo de la merced que la hace, y por manera extraña, por visión intelectual se le muestra la Santísima Trinidad.

Como por una inflamación que primero viene á su espíritu, á manera de una nube de grandísima claridad, y por una noticia admirable que se da al

alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia, y un poder, y un saber y un solo Dios.

Aquí se le comunican todas tres personas, y le hablan, y le dan á entender aquellas palabras que dice el Señor en el Evangelio, que vendrían Él, y el Padre, y el Espíritu Santo á morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos.

Y cada día, notoriamente ve el alma (de la manera que queda dicho) que está con ella, en lo muy interior, aquella compañía divina. Y áun cuando no tan claramente como se le manifiesta la primera vez, porque

si esto fuera era imposible entender en otra cosa, «ni áun vivir entre la gente», es como una persona que estuviera en una muy clara pieza con otras, y cerrase las ventanas, y se quedase á obscuras, no porque se quite la luz deja de entender que están allí, hasta que Dios quiere «que se abra la ventana del entendimiento», y los torne á ver.

Harta misericordia hace el Señor al alma en nunca irse de con ella, y querer que ella lo entienda tan entendido.

Parece que quiere aquí la divina Majestad disponer al alma para más con esta admirable

compañía, y así que en todo se halla mejorada, y le parece que por trabajos que tuviera, «lo esencial de su alma» jamás se mueve de aquel aposento, de manera que en cierto modo parece «hay división en su alma», y á manera de Marta cuando se quejó de María se queja «de ella», y le dice, que se está siempre gozando de aquella quietud á su placer, y la deja á ella en tantos trabajos y ocupaciones que no la puede tener compañía.

«Esto parecerá desatino», mas verdaderamente pasa así, que aunque se entienda que el alma está toda junta, se ven

cosas interiores de manera que se entiende hay diferencia, en cierto modo, «del alma al espíritu», aunque sea todo uno.

Vengamos ahora á tratar del divino y espiritual matrimonio, aunque esta gran merced no debe cumplirse con perfección mientras vivimos, pues podemos, por nuestra miseria, apartarnos de Dios, y perder este gran bien.

Aparécese el Señor en este centro del alma, sin visión imaginaria, sino intelectual, sin entrar por la puerta de los sentidos y potencias, como en el Cenáculo cuando se apareció á

los apóstoles y les dijo: *Pax vobis*.

Y las palabras de Dios, que son obras en nosotros, de tal manera hacen operación en las almas que están ya dispuestas, que apartando en ellas todo lo que es corpóreo en el alma, la deja «en puro espíritu», para que se pueda juntar en esta unión celestial con el espíritu increado, que en vaciando nosotros todo lo que es criatura, y desasiéndonos de ella por amor de Dios, el mismo Señor la ha de henchir de sí. Y así orando una vez Nuestro Señor Jesucristo por sus apóstoles, dijo que fuesen una cosa

con el Padre, y con Él, como el Hijo está en el Padre y el Padre en Él. Y no sólo rogó por los apóstoles sino por todos aquellos que creyesen en él, y dijo «Yo estoy con ellos» . . .

Es un secreto tan grande y una merced tan subida la que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no se sabe á qué comparar sino á la gloria que hay en el cielo y que el Señor quiere manifestar al alma en aquel momento.

Queda el espíritu de esta alma hecho una cosa con Dios, para no apartarse ya más de

ella. Es como si cayendo agua del cielo en un río, adonde queda todo hecho agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río, ó la que cayó del cielo. Es lo que dice San Pablo que el que se llega á Dios hácese un espíritu con él, tocando este soberano matrimonio que presupone haberse llegado Su Majestad al alma por unión. *Mihi vivere Christus et ect mori lucrum*, así puede decir aquí el alma, porque es adonde la mariposilla muere, porque su vida es Cristo.

Y esto se entiende claro después, por unas secretas aspi-

raciones, ser Dios el que da vida á nuestra alma. Y se puede decir con toda verdad. ¡Oh, vida de mi vida, y sustento que me sustentas!

Porque de aquel río caudaloso adonde se consumió esta fuentecita pequeña salen los golpes de agua para sustentar lo que en lo corporal ha de servir á estos dos desposados, y de aquel Sol rayos de luz que se envían á todas las potencias del alma.

Y no se entienda que las potencias y sentidos y pasiones están siempre en paz; el alma, sí, pues aunque en estas otras moradas anden muchas bara-

undas, y se oye ruido, nadie entra en la morada de Dios, dentro del alma, ni habrá nada que le quite la paz.

Ahora, pues, decimos que esta mariposita ya murió, con grandísima alegría de haber hallado reposo, y que vive en ella Cristo.

Veamos qué diferencia hay de cuando ella vivía, y ahora «qué vida hace.»

Lo primero es un olvido de sí que verdaderamente parece que «ya no es», porque toda está de tal manera que no se conoce, ni se acuerda que para ella ha de haber cielo ni glo-

ria, porque toda está empleada en procurar la de Dios.

Lo segundo, un deseo grande de padecer, mas no de manera que le inquiete, porque es tanto el deseo de que se haga la voluntad de Dios, que todo lo que el Señor hace tiene esta alma por bueno.

Tienen también estas almas un gozo grande cuando son perseguidas, con mucha paz, y sin ninguna enemistad con los que les hacen mal, ó desean hacer, y los encomiendan á Dios de muy buena gana.

Ahora es tan grande el deseo que tiene el alma de que por ella sea Dios alabado,

que no sólo no desea morir, sino que ofrece al Señor el «querer vivir», como un sacrificio el más costoso que le puede hacer. Temor ninguno tienen de la muerte, como no tendrían de un suave arrobamiento.

Toques de amor, suaves y penetrativos despiertan al alma cuando se descuida en la memoria de la amorosísima presencia del Señor, que no parece otra cosa sino «andar-nos rogando» que nos estemos con Él.

¡Bien empleados serán cuantos trabajos se pasen en este camino de oración en llegando

á entender este particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros!

¡Oh, Dios! ¡Y quién supiera dar á entender la paz del alma en esta morada del Señor!

Aquí se dan las aguas á esta cierva que va herida, aquí se deleita la Esposa en el tabernáculo del Señor, aquí halla la paloma la oliva por señal que ha encontrado tierra firme dentro de las aguas y tempestades de este mundo....

¿Qué sentirán las almas de ver que podrían carecer de este gran bien si se apartasen de Dios? Esto les hace vivir siempre con temor, y las grandes

mercedes del Señor las hace temer que como una nave que va demasiado cargada se va á lo hondo, no les acaezca así. Mas esto no las hace perder la paz, que la presencia que tienen del Señor hace que pasen pronto las tempestades, y torne la bonanza.

No se ha de entender que están siempre en un ser estos efectos que hemos dicho en el alma, que algunas veces la deja el Señor en su natural, y no parece sino que entonces se juntan «todas las cosas ponzoñosas del arrabal y moradas de este castillo para vengarse

del alma por el tiempo que no le pueden haber á las manos». Verdad es que esto dura poco, y sólo quiere Dios que el alma no pierda la memoria de su ser, para que siempre esté humilde y entienda más la grandeza de la merced que recibe.

Tampoco se ha de entender que estas almas dejan de hacer imperfecciones y áun pecados. De advertencia no, que Dios las debe dar ayuda muy especial para esto, pero tendrán algunos pecados, aún mortales, que ellas no entiendan, que el no estar seguras no les será pequeño trabajo.

Bienaventurado el varón

que teme al Señor. Y el que se viere con más seguridad en sí, y favorecido del Señor, como otro Salomón, ese tema más.

Ni pensemos que estas mercedes son para mejor regalo que fortalecer nuestra flaqueza para poder imitar á Cristo Nuestro Señor en el mucho padecer. Miremos lo que sufrió su gloriosa Madre, y los gloriosos apóstoles, que los que más cercanos anduvieron con Jesús fueron los de mayores trabajos.

¿Cómo quedó San Pedro de la merced que le hizo el Señor cuando se le apareció y le dijo que iba á Roma á ser crucifi-

cado otra vez? ¿Qué hizo el apóstol? Irse á la muerte, y no es poca misericordia del Señor hallar quien se la dé.

De esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras, obras. Y el alma que no pudiere «por junto» vaya poco á poco «doblado su voluntad», aprovechando las determinaciones y buenos propósitos que saca de la oración.

¿Cómo habíamos de contentar al Crucificado con sólo palabras cuando él nos mostró su amor con tan espantables obras y tormentos?

¿Queremos saber qué es ser

espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, como él lo fué; que no nos hace ningún agravio, ni pequeña merced. Toda la edificación espiritual tiene por cimientos humildad, y si no hay ésta muy de veras, no quiere el Señor subirle muy alto porque no dé todo en el suelo.

No pongamos nuestro fundamento sólo en rezar y contemplar, porque si no procuramos virtudes y no hay ejercicio de ellas siempre «nos quedaremos enanos», y aun plazca á Dios sea solo no crecer, porque el amor si no crece decrece.

Marta y María han de estar

juntas para hospedar al Señor. María había escogido la mejor parte, pero es que ya había hecho el oficio de Marta, regalando al Señor en lavarle los piés, y limpiárselos con sus cabellos. ¿Y pensamos que no sufrió harta mortificación aún solamente considerando las murmuraciones del fariseo y otros muchos, entre tan mala gente como la que aborrecía á su Divino Maestro? La mejor parte venía sobre hartos trabajos.

Y muy agradable servicio será para el Señor que con nuestra humildad y mortificación y gran caridad para con las almas despertemos en ellas

el fuego del amor de Dios que las encienda á todas y las edifique para su aprovechamiento y perfección.

En fin, que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de nuestras obras como el amor con que se hacen, y lo poco que pudiéramos ofrecer en sacrificio, Su Majestad lo juntará con lo que él hizo en la cruz para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiese merecido.

Plazca al Señor que nos veamos todos adonde siempre le alabemos. Amén.

FIN

The history of the United States of America is a story of a young nation that grew from a small group of colonies on the eastern coast of North America to a powerful and influential world power. The story begins with the first European settlers in the early 17th century, who established colonies in Virginia, Massachusetts, and other parts of the eastern seaboard. These colonies were founded by people seeking religious freedom, economic opportunity, and a better life. Over time, the colonies developed their own distinct identities and began to assert their independence from British rule. The American Revolution, which began in 1775, was a pivotal moment in the nation's history, as the colonies fought for and won their independence from Great Britain. The new nation was founded on the principles of liberty, democracy, and the rule of law, and it has since become a model for other nations around the world. The history of the United States is a story of a nation that has overcome many challenges and setbacks, but has always emerged stronger and more united than before. It is a story of a nation that has made significant contributions to the world, and that continues to shape the future of the planet.

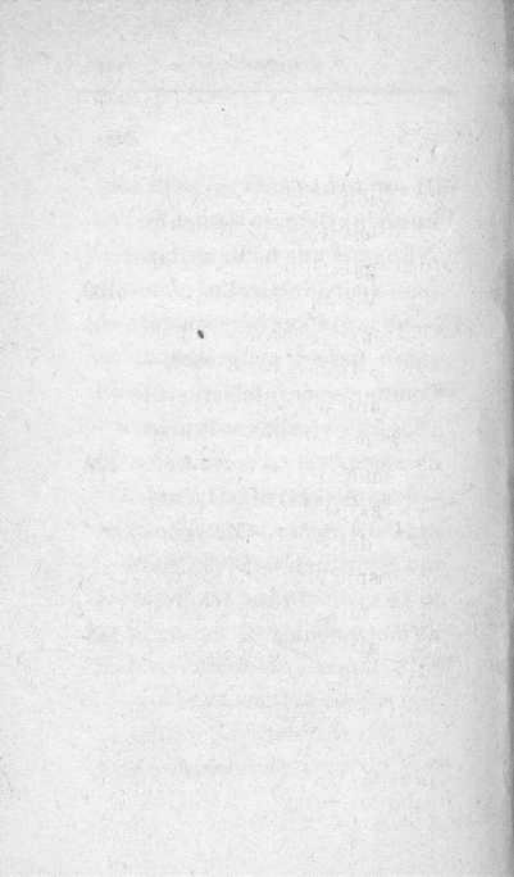


ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO.....	5
I—MORADAS PRIMERAS: Entrar dentro de sí.—El alma ennegrecida.—Tierra en los ojos.....	9
II—MORADAS SEGUNDAS: La voz del Señor.—Lucha interior.—Espíritu varonil.—En qué está todo.....	17
III—MORADAS TERCERAS: ¡Miserable vida!—¿Qué nos falta?—Dejarse á sí mismo.—	

	<u>Págs.</u>
Humildad. — Tener quien nos dé ejemplo.....	27
IV—MORADAS CUARTAS: Recogimiento interior.—Oración de quietud.—Imaginación y entendimiento.—Huír de la ilusión.....	39
V—MORADAS QUINTAS: El gusano de seda.—La mariposa blanca.—¿Qué es conformarse con la voluntad de Dios?	55
VI—MORADAS SEXTAS: Trabajos interiores y exteriores.—Despertamiento del alma.—Habla el Señor al alma....	73
VII—MORADAS SEXTAS (<i>continuación</i>): Arrobamiento.—Vuelo del espíritu.....	91

	<i>Págs.</i>
VIII—MORADAS SEXTAS (<i>continuación</i>): Sabroso tormento. —Engaño que ha de evitarse.—Visión intelectual.....	109
IX—MORADAS SEXTAS (<i>conclusión</i>): Deseos peligrosos.—Comunicación intelectual de Dios con el alma.—Prueba de amor.....	129
X—MORADAS SÉPTIMAS: La morada del Señor.—Matrimonio espiritual.—«Vive Cristo en mí».—Fruto del divino matrimonio.....	143



LA ESPAÑA EDITORIAL

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

PESETAS

VARIA

Rúst. Tela.

COLOGAN (B. F. de)— Estudios sobre nacionalidad, naturalización y ciudadanía...	12	14
ESTEPA (El bachiller Francisco de)— Los Jesuitas y el P. Mir. (Cartas á un académico de la Española).....	2	2'50
FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS (Juan.)— Los orígenes de la oratoria	3	4
GARCÍA AL-DEGUER (J.)— La prosa castellana. (Desde la aparición del idioma hasta nuestros días). 140 trezos de 103 obras de 76 escritores, elegidos, ordenados y precedidos de una explicación.....	4	5
GIL (Ricardo).— De los quince á los treinta (poesías).....	4	5
— La caja de música (poesías)	3	4
JONATHÁN LEVY.— El arte de hacer fortuna. (Para uso del aspirante á millonario honrado).....	2	2'50
ORTEGA MUNILLA (J.)— La viva y la muerta (novela).....	3	4
PARDO BAZÁN (E.)— Al pie de la Torre Eiffel	1'50	2
— Por Francia y por Alemania	1'50	2
REYES (Arturo).— El lagar de la Viñuela (novela).....	3	4
RUANO (J. M. ^a)— El alma (estudios metafísicos).....	3	4

LA ESPAÑA EDITORIAL

JOYAS DE LA MÍSTICA ESPAÑOLA

COLECCIÓN DE VOLÚMENES EN 16.º

(Edición de bolsillo)

1 peseta en rústica, 1'50 en tela.

Van publicados:

El amor en la mística española, por varios.

La vida y la muerte, por Fray Luis de Granada.

Avisos y sentencias espirituales, por San Juan de la Cruz.

Tratado de la tribulación por el Padre Pedro de Rivadeneira.

Disciplina espiritual, por el Beato Juan de Avila.

La paciencia cristiana, por Fray Fernando de Zárata.

El alma en gracia, por Fray Pedro Malón de Chaide.

La cuna y la sepultura, por don Francisco de Quevedo.

Cristo es la paz, por Fray Luis de León.

Justicia y misericordia de Dios, por el P. Juan E. Nieremberg.

Los caminos de la perfección, por Fray Jerónimo Gracián.

Las moradas, por Sta. Teresa de Jesús.

BIBLIOTECA POPULAR DE ARTE

COLECCIÓN DE VOLÚMENES EN 8.º

(Con numerosos grabados)

1 peseta en rústica, 1'50 en tela.

Van publicados 32 tomos, que estudian todas y cada una de las *Bellas Artes*, y las *Artes industriales y decorativas*, en sus aspectos histórico y técnico, tanto separadamente como en sus mútuas relaciones.





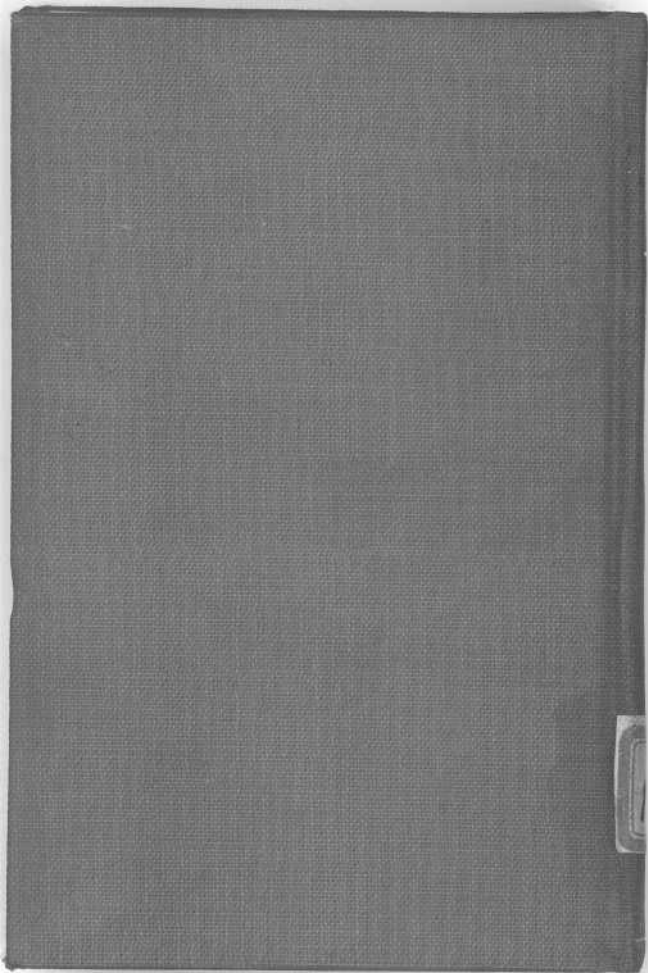
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN II

Obras de Santa Teresa de Jesús.

Número.....	176	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	12	Precio de adquisición. »
Tabla.....	4	Valoración actual.....	»



SANTA TERESA

CASTILLO

INTERIOR

1716.